

FABIÁN DE CASTRO, UN GITANO MÍTICO DE JAÉN

Por Miguel Viribay
Consejero de Número del
Instituto de Estudios Giennenses

RESUMEN

El artículo presenta la vida y la obra del pintor gitano Fabián de Castro y Heredia, nacido en Jaén en 1868, a través de testimonios de artistas que le han conocido más o menos bien, como Pedro Flores, Manuel Ángeles Ortiz, Victorio Macho Zuloaga, Juan Sánchez Caballero, entre otros. Y también a través de varios artículos aparecidos en la época sobre él y su obra pictórica en: *Revista Don Lope de Sosa, Historia y Vida, La pintura española del siglo XX, Museo de Pintores y escultores andaluces*. En el artículo se establece la trayectoria existencialista de Fabián de Castro, minero, guitarrista y que finalmente se hizo pintor, y a quien le lleva de Jaén a París, a Londres, a Moscú y a San Petersburgo, recordando que la vida de los pintores en el barrio de Montmartre y de sus habitantes en general estaba muy lejos de ser idílico. Después de esta trayectoria existencialista se hace un análisis temático y técnico de la

Résumé

L'article présente la vie et l'oeuvre du peintre gitan Fabián de Castro y Heredia, né a Jaen en 1868, à travers des témoignages d'artistes qui l'ont plus ou moins connu, comme Pedro Flores, Manuel Ángeles Ortiz, Victorio Macho, Zuloaga, Juan Sánchez Caballero, entre autres; et à travers aussi de plusieurs articles apparus à l'époque sur lui et son oeuvre picturale dans: *Revista Don Lope de Sosa, Historia y Vida, La pintura española del siglo XX, Museo de Pintores y escultores andaluces*. Dans l'article on établit le parcours existencialiste de Fabián de Castro, mineur, guitariste et devenu finalement peintre, et qui le mène de Jaen à Paris, à Londres, à Moscou et à Saint Petersbourg, tout en rappelant que la vie des peintres au quartier de Mont-

obra pictórica de Fabián de Castro subrayando especialmente su temática profundamente cristiana, y de raíces gitanas, y su estilo más bien expresionista que naïf.

martre, et de ses habitants en général, était bien loin d'être idyllique. Après ce parcours existentialiste, une analyse thématique et technique de l'oeuvre picturale de Fabián de Castro est faite, en soulignant avant tout sa thématique profondément chrétienne, et des racines gitanes, et son style plutôt expressionniste que naïf.

TREINTA años hace que se acercó a mi conocimiento la existencia de Fabián de Castro. En el Café «Jijón», el pintor murciano Pedro Flores recordaba vagamente la figura del peculiar artista jaenés y casi olvidaba su obra. Había estado con él en París donde se reunían en una tertulia que desapareció en seguida, luego, debió de regresar a España —decía.

Años después, encontré en la página 128 de la «Revista Don Lope de Sosa», correspondiente al año 1914, los siguiente, relacionado con Fabián de Castro:

«AMPLIO ECO, El joven pensionado del Gobierno español en Francia y Bélgica don José Yanguas Messía ha publicado un artículo acerca de un notable pintor comprovinciano nuestro. Se llama éste Fabián de Castro, hijo de un gitano tratante de caballos; es natural de Jaén, donde trabajó en las minas y después de una vida de bohemia por España, su temperamento artístico venció en la lucha y hoy tiene un estudio de pintor en París, donde produce cuadros que buscan, tasan y adquieren los más opulentos parisinos y londinenses. Fabián de Castro y Heredia hará pronto un viaje a España».

La segunda persona que me habló de Fabián de Castro fue Juan Sánchez Caballero. Había concluido mi conferencia en Linares, encargada por el delegado provincial de Cultura Fernando Hermoso Poves dentro de un

ciclo que abarcaba tres ciudades más, cuando el cronista de la ciudad me interrogó sobre este pintor gitano que, junto a otros dos artista giennenses, vertebraron el argumento de mi charla. Le comenté lo que sabía, bien escaso por cierto, y Sánchez Caballero, me habló del guitarrista y pintor con el entusiasmo que ponía en las cosas de Linares, su ciudad, el centro de su crónica y de su vida.

La figura de Fabián de Castro no pasaba desapercibida en la provincia. Desde entonces, he seguido interesándome por el artista y conozco de él cosas tan reveladora de su personalidad como del lugar en donde vio la primera luz este guitarrista y pintor gitano, llamado Fabián de Castro y Heredia.

Carlos Martínez Shaw escribe en la revista «Historia y Vida»:

«Fabián de Castro nació en Jaén en 1868. Cursó la enseñanza primaria en una escuela de Linares y ejerció desde muy joven las más diversas profesiones. Fue, sucesivamente, buñolero, sillero, minero, torero y guitarrista, hasta su marcha a París quizá antes de terminar el siglo. Afincado en la capital francesa, ejerció el oficio de pintor, consiguiendo en poco tiempo una gran fama por sus cuadros. Fabián de Castro se propuso ser ante todo el pintor de la raza gitana; sus creaciones encontraron amplio eco en una época que estaba descubriendo el atractivo de las civilizaciones puras y primitivas. Su clientela se extendió rápidamente en las clases burguesas parisienses, que le convirtieron en uno de los pintores de moda. Sus cuadros, mezcla de ingenuidad y naturalismo presentados por una rica paleta, alzaron su nombre a una efímera celebridad. Desconectado de las grandes corrientes pictóricas y demasiado alejado de su país, la moderna historia del arte ha dejado hace tiempo de hacerle un sitio entre sus páginas».

El París de aquellos días fue extraordinariamente hospitalario con los artistas españoles y de otras latitudes, y lo fue también para quienes, careciendo de profesión, se censaban como pintores o escultores, por lo que las cifras de estos «profesionales», registrados en la capital francesa durante el período de tiempo que va desde los años que median el siglo anterior hasta la mitad de éste, es excesivamente abultada. Parece que cuantos jóvenes se acercaban por la entonces capital de Europa encontraban en esta profesión artística la coartada perfecta para permanecer en París.

La inscripción de escultores y pintores, fundamentalmente los últimos, en los salones oficiales, fuesen admitidos o no en ellos, se elevó, en oca-



siones, a varios miles; lo que hace abrigar la sospecha, por otra parte bastante fundamentada, de que ni eran todos los que estaban ni estaban todos los que eran: Cristóbal Ruiz, no menos paisano nuestro, participó muy escasamente en los salones de arte durante los 10 años que estuvo en París.

GUITARRISTA EN PARÍS

El caso del artista que nos ocupa es otro. Fabián de Castro llegó a la ciudad francesa por motivos diferentes de los que encaminaron los pasos del artista de Villacarrillo hacia el mismo lugar. Personaje controvertido y enigmático, su oficio como español emigrante fue el de guitarrista y como tal apareció en París muy temprano, de donde partió hacia Rusia con algún ballet, ganándose la vida y añorando la ciudad francesa; de tal suerte que entre tourné y tourné regresaba siempre a París donde contó con amigos y aprecio. Frecuentó a bastantes artistas, sin que haya visto su nombre reflejado en las biografías de los pintores catalanes que conozco —mayoría entre los españoles que visitaron el París de aquellos días—, incluidas distintas biografías de Picasso. De lo que, por otra parte, no hay que extrañarse demasiado si tenemos en cuenta que este grupo de pintores se instaló en Montmartre, a donde decidió vivir Picasso cuando convino, ante un viaje esporádico, que debía permanecer en la ciudad, llegando a ser el líder de aquel grupo de artistas llamados «banda de Picasso» que, si ciertamente coinciden todos ellos en evocar estados de felicidad, acabaron abandonando el lugar tan pronto como comenzó a sonreírles la vida.

Al fin y al cabo aquel barrio —pueblo— era un lugar difícil para la vida, donde la indigencia alcanzaba un 7,5 %, mientras que el distrito 8 de la ciudad, con parejas características de población, no sobrepasaba el 1,78% el número de desheredados. Al parecer aquel lugar permanecía como lo conoció Rousseau cuando subía a coger plantas. Con una ciudad fundamentalmente campesina y de profesiones marginales que mantenía unos restaurantes donde cualquier comida, de las habituales en los menús del día, podía hacerse por menos de un franco, oscilando los alquileres de los estudios entre diez y quince francos mensuales, por lo que no es demasiado aventurado opinar con Pierre Mac Orlan, que «el barrio estaba lleno de fracasados en potencia y que se vivía de una forma que nada tenía de poética».

En este lugar, historias aparte, no debió permanecer Fabián de Castro más allá de las esporádicas visitas que realizaba con algún amigo, como des-

pués veremos. Su interés se centraba en Montparnase, como apunta el escultor Victorio Macho. Fabián era un hombre que, merced a su guitarra, había alcanzado visos de vivir de manera diferente a la habitual en los pintores que permanecían en el lugar citado.

Recorrer la nómina de los artistas españoles que tenían estudio abierto y «buena clientela» en París nos llevaría a estados de asombro y a no fiarnos demasiado de los dulces cantos de sirena que suelen airear ciertos artistas contemporáneos. Además, Fabián de Castro, como otros españoles, encontraba frecuente acomodo entre las damas de la aristocracia parisina, algo habitual según algunos libros salpicados de datos en ese sentido. El propio Ángeles Ortiz está reflejado en las memorias de Luis Buñuel por sus amores parisinos.

Precisamente, a Manuel Ángeles Ortiz le debemos la siguiente información en torno a Fabián de Castro, según carta fechada en París el día 12 de mayo de 1981:

«Recuerdo muy bien a Fabián de Castro, a quien conocí en París en los primeros años de mi llegada, nos encontramos con bastante frecuencia. Cuando lo conocí nunca quería tocar la guitarra, extrañándome, puesto que pintor se hizo a fuerza de conversación en medio de pintores donde en los talleres de ellos tocaba la guitarra creo, flamenca».

Y sigue diciendo:

«Era un bizarro personaje cuando lo conocí ya no hacía sino pintar. Mostraba sus pinturas muy ufano; recuerdo un crucificado patético con dos guardias civiles y el cristo era un fiel retrato de Rafael el Gallo, al menos se le parecía profundamente. Todos los personajes pintados por Fabián de Castro los recuerdo con ese parecido al torero».

Y aporta otro dato sobre el pintor, como es el de una protectora:

«En París había una dama bastante rica muy musicóloga, tocaba el piano, recibía mucho y protegía a Fabián de Castro. En casa de ella había muchos cuadros de él así como de Chirico, a quien parece que también protegió».

Y finaliza la carta diciéndome:

«El recuerdo que conservo de Castro, además de lo que te digo, es el ser un hombre más bien pequeño de marcado tipo agitanado, no sé si lo era, y decía haber nacido en Linares el muy curioso personaje».

Lo transcrito, sirven para conocer la relación de los dos artistas gienenses, y para ver la extrañeza que suscitaba la pintura de Fabián en Manolo Ángeles y, de alguna manera, para tener noticia de algún círculo de la sociedad parisina que estimaba la pintura de Fabián de Castro.

OTRO TESTIMONIO

En el capítulo de «Memorias» de Victorio Macho también queda reflejada la figura de Fabián de Castro así:

«Fabián de Castro, aquel gitano que llamé el bueno, a quien conocí y traté en París, llegó a sentir por mi verdadera simpatía, tanta y tan sincera como yo por él. Me acompañaba a todas partes y acudía a una tertulia que tenía yo en Montparnasse. Un día le enseñé una colección de dibujos míos que había llevado a París, y le impresionaron mucho. Encontrándome desconcertado y no bien abastecido de bolsa se los confié para que se los llevara al famoso marchante Vollard, a quien se los mostró con gran parsimonia para ver cómo reaccionaba ante ellos. Y cuando el coleccionista vio aquellos dibujos le preguntó socarronamente: "¿Cuántos años tiene este artista español?" y después añadió: "¿Los vendería?". Entonces Fabián de Castro le contestó mirándole de arriba abajo: "Señor, este artista tiene cien años". Y sin más hablar recogió los dibujos y salió».

«El bueno y simpático gitano tocaba la guitarra con el más puro estilo cañí. Los sábados solíamos acudir a Montmartre, a la casa de un conocido guitarrero, y después de un sencillo ágape se terminaba por tocar y cantar en clásico flamenco, y fue cuando supe que el famoso pintor Zuloaga, que también conocía a Fabián de Castro, le preguntó —una noche de juerga—: «Oiga amigo, ¿por qué no pinta usted también, ya que se parece tanto a Goya?». Y a la mañana siguiente el gitano compró colores, pinceles, paleta y lienzos, donde hizo unos cuadros infelices que después llevó a Londres y les dio a conocer en el castillo de un lord ricachón, quien le tuvo de huésped una temporada, y al despedirle le regaló unos flamantes abrigos que al buen Fabián de Castro casi le arrastraban por el suelo».

Pero aquel entusiasta pintor gitano llegó después a Barcelona para exponer sus cuadros, y cuando los vio un soplón, que informaba de todo al gobernador Martínez Anido, fue apresuradamente a decirle:

«Excelencia, los cuadros de ese pintor son francamente malos, de artista novato, y lo peor es que en uno de ellos ha pintado un Cristo al que están dos guardias civiles atándole a una cosa que parece una columna».

Entonces, Martínez Anido, que tenía fama de violento, dio un puñetazo sobre la mesa y lanzó un terno, y después resopló como una fiera enjaulada; mandó que le presentaran inmediatamente al pintor, y cuando se enfrentó con él se irguió y le lanzó a bocajarro:

«Mira, viejo gitanazo de la m..., ahora mismo vas a ir a la cárcel porque acaban de decirme que has pintado a dos guardias civiles atando a nuestro Señor Jesucristo a una columna...».

Entonces se produjo un silencio hasta que Fabián de Castro, que mamó la sabiduría de los pechos de su madre y conocía los museos de España, de Francia Inglaterra, y el de los pintores impresionistas, dejó de mirar serenamente a su juez y le respondió sonriente:

«Vaya usted a sabé señor general Martínez Anio si estos tale guardias civile que pinté estaban atando o desatando Cristo...! Porque la verdad verdad, aprender es tan difícil oficio».

Desde aquel momento todo cambió, porque el gobernador Martínez Anido, pese a la fama que tenía de hombre difícil y hasta cruel, lanzó una incontenible y estrepitosa carcajada, abrazó al gitano y le invitó a cenar con él.

ZULOAGA Y SU VOCACIÓN

Como habrá observado el lector, el texto es elocuente, bien que escrito con el tono y dirección que le interesaba al escultor de Palencia. Sin embargo, aporta datos tan valiosos como el nombre de la persona que propicio la vocación de nuestro paisano. Otra precisión interesante es la del parecido del pintor y guitarrista nacido en Jaén con Goya, lo que en aquel tiempo era una especie de patente de corso para quienes de una o de otra forma (pintura o parecido físico) tenían algo que ver con el excepcional aragonés. No olvidemos que el éxito inicial de Picasso, por cuyo resultado decidió el malagueño quedarse en Francia, se debió a los temas españoles que pintaba, así como a su figura, que le valió el calificativo de «pequeño Goya», y la firma de un contrato de cien francos mensuales, superior a la cantidad que tenía asignado el sueldo de un buen cocinero de la época en la misma ciudad; lo que no resultaba desdeñable en aquellas fechas, cuya continuidad se rompió cuando el andaluz dejó de pintar aquellos temas y comenzó su época azul, desprovista a la sazón de cualquier tipo de aceptación y vendida por precios tan irrisorios, por bajos, que causarían pasmo al lector, cuando no quemadas o cambiadas en las tiendas de Montmartre por comida.

En cuanto al pintor vasco, llegó a París procedente de Italia y se instaló a vivir con Santiago Rusiñol que, a la sazón, ejercía como cronista para un periódico de Barcelona, Santiago Uranga y el crítico José María Jordán, colgando en 1901 dos cuadros en una galería del marchante Le Barc de Bouteville, inaugurando así lo que se puede tener como la primera la aparición pública parisina de Zuloaga, junto a obras de los pintores Gauguin, Van Gogh, Toulouse Lautrec, Emile Bernard... En 1902 comienza su viaje por Andalucía, regresando a Francia, lo que permite pensar que fue por aquellas calendas cuando tuvo más trato con Fabián de Castro. Después los viajes de Zuloaga se fueron sucediendo, hasta que, en 1908, fue reconocido por la crítica como el gran triunfador del año en París, con lo que sus viajes por Europa y América se multiplicaron y naturalmente el tiempo de estancia en Francia disminuye.

Por otra parte, cuando Martínez Anido conoce —según Victorio Macho— a Fabián, éste es un «viejo gitanazo»..., lo que, sin más comentarios, nos obliga a pensar que Fabián de Castro no debía estar comenzando ese oficio de pintor que le propuso el artista de Zumaya quien, de ser cierto el consejo, quedaría ligado a dos nombres de la pintura jaenciana. Zuloaga fue quien saldó con un telegrama, enviado al Centro Artístico de Granada, el descontento que estaba dejando en la ciudad el cartel que Ángeles Ortiz había realizado para el Primer Concurso de Arte Flamenco, celebrado en 1922: «cartel magnífico» comunicó Ignacio Zuloaga, y las voces adversas al trabajo de Ángeles Ortiz cesaron enseguida; en cuanto al guitarrista y pintor de Jaén, parece que fue el afamado artista vasco quien le indicó el camino para pintar.

Así o de otra manera, Fabián de Castro ejerció la profesión de pintor durante largo tiempo, y sus cuadros estuvieron inspirados en la religión y en la gente de su raza, entroncadas las maneras de ésta y sus costumbres, con las «esencias» españolas, que se aplaudían como consumo, más o menos convenido entre la intelectualidad, de un tópico. Desde ahí, tengo para mí, que Fabián de Castro comenzó a alcanzar un nombre artístico más que mediano en dos centros europeos, artísticamente importantes: París y Londres.

DECANO EN PARÍS

Mas realmente ¿como pintaba Fabián de Castro? Desde luego no de manera tan naïf como dice Gaya Nuño en la página 349 de «La pintura española del siglo XX»:

«No hubo en el siglo XIX pocos pintores españoles que prefirieran vivir en París, pero, lo peregrino es que el decano fuera un naïf del pelaje más sorprendente posible. Se trata de Fabián de Castro, gitano legítimo (Jaén, 1868-París, hacia 1948 ó 1950). Su verdadera profesión era la de guitarrista de un cuadro flamenco, con el que viajó hasta Moscú y San Petesburgo. Volvió a París, se tropezó con Picasso y, puede ser que a instancias de éste, comenzó a pintar del modo más primitivo posible. Se trata de cuadros religiosos, de retratos de supuestos obispos o cardenales, en fin, de un temario hondamente tradicional, resultando el gitano algo así como un Greco o un Tristán primitivos y vocacionales».

Ciertamente, de Castro, no fue un pintor de concepción y tono ortodoxamente realista, su preparación no se lo hubiese permitido; sin embargo, su pintura, a juzgar por los escasos cuadros reproducidos que conocemos de su mano, la concepción de su pintura estuvo sujeta a un ejercicio de estilización de las formas que, en todo caso, dejan atisbar aspectos de El Greco, más plano en la forma y menos aéreo en la concepción del espacio, esto es, con resultados un tanto arcaicos en la forma y, desde luego, a mis ojos nada naïf.

Cierto que Gaya Nuño nos acercó hace muchos años la fecha y el lugar de nacimiento de este extraño pintor: Jaén, 1868. Y no cabe duda que acertó con el lugar de nacimiento de Castro; en cuanto a la fecha de su nacimiento sólo erró dos años, como se puede ver en el artículo firmado por Manuel López Pérez que me acompaña en esta publicación, donde se aportan datos familiares de Fabián de Castro y familia con precisión de notario.

Por otra parte, el pintor que nos ocupa, fue tío de Natalia Castro, la conocida modelo de Julio Romero de Torres y de tantos pintores, entre otros del paisano Begíjar, nacido en el pueblo giennense que le da el nombre artístico. El conocimiento del parentesco con la mítica modelo, me lo facilita Manuel Urbano, quien precisa, a partir de la página 68 de su libro «Tarantas y artistas de Linares»:

«Fabián de Castro, de quien se ha escrito más sobre su tardía faceta de pintor ingenuista que de la de tocaor, a pesar de que como señala Domingo Prat en su *Diccionario de Guitarristas* —Buenos Aires, 1935—, destacó en toda España e incluso en el extranjero».

Fijado el lugar de nacimiento en Jaén, y la fecha del mismo en 1868, podemos aventurarnos a pensar que los diferentes lugares que se le ha atribuido al guitarrista y pintor, está fomentado por el artista, que se acercó a

distintas personas haciendo valer la condición de paisano; entre ellas al político Yanguas Mesías. Probablemente en un alarde interesado y algo camaleónico, quién sabe si por alguna situación que, en muchos casos, padecían —antes más que ahora— artistas entrados en edad.

De cualquier forma, en la página 109 del *Museo de Pintores y Escultores Andaluces* de Francisco Cuenca, publicado en La Habana en 1923, se facilitan datos muy estimables acerca del artista. Entre otras cosas, se dice que es nacido en Granada en 1866 —fecha que coincide con la facilitada por Gaya Nuño en 1972—, y se continúa abundando en su residencia parisina. Que expuso en el Salón Lépointre de París en 1920, y se afirma su condición de pintor de temática españolista, aunque, ciertamente, en esta ocasión se manifiesta que sujeta a la influencia de otros pintores, fijando entre sus cuadros más destacados, «El Arzobispo de la Mitra», «La Absolución», «San Juan al pie de la Cruz» y «Absolviendo a la comunidad»...

CABALLERO QUE PINTÓ COSAS CRISTIANAS

Fabián de Castro no pasó desapercibido entre los pintores de su tiempo, residentes en París o no. Ricardo Baroja, uno de los peculiarísimos Baroja, pintor de obras inseparables del museo particular de mi memoria como es su cuadro «Orilla del Sena», del Museo de Oviedo, que ya hubiese querido atribuirse algún impresionista francés, fue también grabador hasta dejárselo de sobra; él fue, hecho tan cierto como divulgado, quien inició en el grabado al mismísimo Picasso...

Fino escritor y observador agudo, quiso dejar constancia de su amistad con el pintor gitano en «Gentes del 98» de manera más respetuosa y cercana a la empleada por Victorio Macho. El escultor palentino era castellano seco y corujo de opinión. Baroja fue otra cosa, tocado por el ángel del mestizaje que le habían dado su ascendencia vasca y su nacimiento andaluz, la sensibilidad de artista se vio alimentada con las vivencias que le proporcionaron las tertulias modernistas del Madrid de su época, tendentes a rechazar las posturas de estudiosos y académicos. Su pluma, especialmente bien dispuesta para recrear las cosas cotidianas, nos acerca a la mejor semblanza del pintor y guitarrista jaenés que ha llegado a mi conocimiento, de ahí que sea un placer acercar su estimación por el gitano jaenés a este collage de recuerdos que con tanta emoción va a recibir Juan Sánchez Caballero:

«Fabián de Castro, se llama mi querido amigo, el pintor gitano —dice Baroja—. Y le llamo gitano porque tiene orgullo en serlo».

Hace ya muchos años, me imagino que fue en el de la exposición para la que se construyó la torre de Eiffel, Fabián fue a París como guitarrista en un cuadro de «cantaos» de flamenco y de mocitas «cañís». Iban a enseñar a los «extrangis» lo que es sal y sandunga faraona (...). Fabián, con las persianas de alquitrán echadas por encima de las orejas hacia adelante y el tupé sobre la frente, la alcandora rizada bajo marsellés de alamares, se marcaba en el mástil de la guitarra falsetas y acordes con la engarabitada izquierda, mientras que la derecha, con los dedos sabios, punteaba en las seis cuerdas. La «cantaora» hinchaba la garganta como el jilguero y de su pecho salía el «jipío» doliente, largo, nostálgico de sol índico, perdido hace seis siglos por los bronceados emigrantes de la casta sudra.

¡Pero es lo que pasó! Las mocitas desertaban. El boyardo ruso, el millonario inglés, el junquer alemán, el banquero judío, se las llevaban. Después de haber recorrido media Europa, Fabián de Castro volvió a París y allí se quedó para tocar en los estudios de los pintores españoles.

Y un buen día se dijo Fabián: «¿Y por qué si esos pintaban, no he de pintar yo?». Y se puso a hacerlo sin mirar al natural, a pintar lo que él veía dentro de su alma.

Y el alma de Fabián era alma religiosa, porque se había criado en familia religiosa. A su madre, allá en el pueblo andaluz donde Fabián vio el día, la llamaban la Santita. Ella rezaba el Trisagio cuando amenazaba tormenta, y el Rosario todas las noches, y aunque Fabián navegara por el pié-lago inmenso de París, lleno de tentaciones y ejemplos de perdición, no cayó en la tentación, por que guardaba siempre la memoria de la Santita.

Fabián tuvo mucho que sufrir y mucho que aguantar, pero como era caballero gitano y pintor cristiano, quedó siempre como caballero y siempre pintó cosas cristianas.

Vino a España, visitó a su familia y fue a Toledo. Empezó un cuadro de asunto religioso. El Ecce Homo atado a la columna. Un guardia civil a cada lado. Algún «malage» le denunció a la Policía y le acusó de anarquista dinamitero. Trincaron a Fabián en la cárcel. No había motivos para guardarle en chirona y había que soltarle. El gobernador hizo que le condujeran a su despacho, y le dijo:

«—Los informes que tengo acerca de usted son buenos. ¡Pero ese cuadro en que aparecen dos guardia civiles atando a Cristo...!

—Atándole... o desatándole, señor gobernador...!, que no se sabe —interrumpió el preso».

Y no hubo más remedio que ponerle en libertad.

Este era el amigo que encontré a la salida del Museo de Louvre.

(...) Con Fabián de Castro, mi amigo, el caballero, el pintor gitano, fui a almorzar un "ragout" en un "bistro" de toda su confianza.

Ahora Fabián de Castro está viejo; su cara morena, surcada por arrugas profundas, va encuadrada por patillas blancas. Sus ojos conservan el destello juvenil, y todavía, si se le ruega mucho, descuelga la guitarra y es capaz de rasguear seguirillas gitanas o de salirse por bulerías.

Sus opiniones son de originalidad personal; jamás la moda, ni la tendencia variable y caprichosa del arte parisiense, ha influido en él. Cree la pintura arte sagrado y al arte sagrado se dedica...».

El lector sabrá extraer de estas notas que ha leído, conclusiones que no debo acotar. El desconocimiento de la pintura de este guitarrista y pintor gien-nense es crecido para mí, dos o tres reproducciones de sus obras, alguna en color..., sin embargo, desconfío de su estética naïf tanto como la presumo hispana en su raíz y estilizadamente expresionista y, en todo caso, un tanto arcaizante.